



**Leopoldo Alas**

**Nubes de estío**  
**Novela de D. J. M. de Pereda**

- I -

En un momento despacho lo más difícil de decir de cuanto pienso acerca de este libro, que a estas horas ya ha hecho cometer varios pecados capitales por esos mundos a muy diversas clases de gentes, incluso el pecado de tontería que tengo por capitalísimo.

Nubes de estío sería la novela de menos mérito de cuantas escribió Pereda, si no anduviese en letras de molde El buey suelto. Mas con motivo de cualquiera de las dos, singularmente de Nubes de estío, se puede hablar de la garra del león, que en ambas asoma, y en la última muy a menudo, mientras que de otras novelas de otros autores discretos, leídos y muy al tanto de modas literarias, sólo cabe en justicia escribir elogios cargados -82- de distingos y reservas, que los enfrían y apelmazan; en los tales productos de la química literaria lo que se ve, y los amigos procuran tapar, es la patita del loro... o cotorra.

Los libros de Pereda siempre llevan a César... y llegan al puerto. Llega a costa de no pocas zozobras, este de que hoy hablo; y no son las zozobras lo peor, sino que si al principio va viento en popa, pronto navega, en medio de aguas muertas, con calma chicha que desespera, y así estamos hasta mucho más de la mitad de la travesía; hasta que llega el prócer, el duque del Cañaveral, y aquello se aviva; ráfagas de gracia, observación y fuerza, mueven suavemente el barco que llega felizmente a su destino, aunque a baja marea por culpa de poco oportunas bordadas al acabar el viaje.

No opino yo como una ilustre crítica que no haya bastante argumento para una novela en Nubes de estío, ni que sea baladí el asunto por lo que toca a la forma y por lo que importa al fondo; ni que sea de la forma el carácter del protagonista, que para mí es lo principal del fondo y materia muy propia, y no muy tratada, ni muy bien, entre nosotros.

Lo principal de la novela de Pereda es la vanidad de Brezales; y por lo que atañe al elemento épico y a la relación de este nuevo libro con los demás del autor, creo que hay

no poco que notar, -83- y que algo añade, bien o mal, o medianamente, a la obra de Pereda, Nubes de estío.

Distingamos, pues, dos cuestiones: el valor del desempeño, el resultado, y el interés del propósito. Ataca la señora Pardo Bazán una y otra cosa; la primera, a mi juicio, con razón en gran parte, la segunda con reflexión insuficiente.

Lo que tiene de malo el libro último de Pereda no lo tiene porque vaya agotándose el manantial de la inspiración, ni porque falten nuevos aspectos al asunto que D. José más y mejor conoce y trata, o sea la vida natural, psicológica y social del país en que vive. Como se verá luego, en Nubes de estío hay algo nuevo todavía, primero por razón de la vida de provincia, en general; después por razón de la vida particular de un pueblo como Santander; y algo nuevo que es de mucho interés, de interés humano, hondo, capital. Además, desde el punto de vista, muy interesante también para la crítica sobre todo, de la historia artística de Pereda, Nubes de estío representa un momento más, otra impresión producida por el medio ambiente en el poeta.

De modo que si la novela hubiera salido bien, quiero decir, tan bien como salieron La Puchera, Sotileza, Pedro Sánchez, lo que es por importancia del asunto, por fuerza de intención no lo dejaba.

-84-

El principal defecto del libro está en la composición, la cual suele ser muy descuidada en Pereda. Muchos de los errores técnicos que afean La Montálvez, consisten también en la desproporción de las partes y en el olvido de la simetría literaria que no deben tener menos en cuenta los realistas que los demás poetas.

¡Qué mucho que olviden los autores la importancia, para el efecto estético, de la composición, si la olvidan también los críticos!

Pero entiéndase aquí la composición no en el sentido parcial, especial, en que se entiende cuando se dice, v. gr., que el arte sajón o el arte germano olvidan este elemento de la poesía, y que el arte clásico y sus herederos directos los llamados pueblos latinos, lo respetan y cultivan con esmero. La composición en este sentido es una especie, que tiene sus ventajas, pero no hay que confundirla con la composición en su idea genérica, de la cual no prescinden las grandes obras del arte, sean de la raza que sean.

La verdadera ley simétrica, de simetría ideal, pero que trasciende a la relación cuantitativa de la obra, es en la poesía la proporción justa del esfuerzo del ingenio entre lo principal y lo secundario, la intuición clara de los momentos capitales del asunto para darles todo el calor, energía y primor que piden. En las obras defectuosas por culpa - 85- de la composición, en este sentido genérico, la inspiración anda por una parte y el valor arquitectónico del asunto por otra; no coinciden, y puede haber episodios excelentes, joyas sueltas, pero la luz no ha ido a resplandecer en lo culminante.

En Nubes de estío lo que menos gusta es aquel despilfarro de prosa correcta, discreta, castiza, sublime y noble, en capítulos que merecían pocas páginas, en incidentes de escaso interés. El vulgo expresará esto diciendo que hasta que llega el duque del Cañaveral la novela se le hace pesada. Este es el capital defecto, y no hay que andarse con metafísicas, y menos con malas intenciones.

La acción, la fábula, no es en sí tan insignificante como se ha dicho; reducida a límites naturales, correctos, tendría intensidad suficiente. Lo mismo puede decirse de los caracteres: son proyecciones exactas cuando aparecen; pero después, desviada la luz, se prolongan, y al perder la verdad del dibujo, se van también desvaneciendo, disolviéndose. No es tan cualquier cosa la Irene, como la llamaba Sánchez Vargas, y como parece desear llamarla doña Emilia Pardo, que tiene ostensible mala voluntad a nuestras señoritas provincianas, poco o nada expertas en el trivio y el cuadrivio. Irene tiene el mérito de ser muy natural, recomendación que no deben echar

en saco roto los naturalistas; y sus relaciones con el novio -86- santanderino, sin que sean un arco de iglesia, son cosa delicada, finamente tratada, y tienen la difícil facilidad que engaña a tantos; la resistencia de Irene, respetuosa, está en su punto y bien señalada. Lo malo está... en que el dibujo llega a borrarse por las repeticiones, por la insistencia, y muy particularmente... por la retórica, que afea no pocos diálogos de este libro. Fuera de Brezales y su mujer, casi todos los personajes hablan tan bien como escribe Pereda, y esto es inverosímil y cansado. La discreción que Irene tiene en el alma no debía ella poder trasladarla tan fielmente a los labios hasta en la cosa de menos monta que dice; y menos debía poder expresarla en aquel lenguaje prosódico, sonoro, castizo, que siempre puede servir de modelo en unos trozos escogidos de buen castellano.

Los personajes de las novelas no deben estar diciendo cosas dignas de una antología; y esta es una regla que no depende de que el realismo esté en moda o no lo este; es regla invariable.

Esa manera de escribir, tan digna de elogio por muchos conceptos, carece de ciertas cualidades: de concisión, espontaneidad, viveza, etc., etc., que en el diálogo familiar, no sólo sientan bien, sino que casi siempre son indispensables.

Es un defecto general de nuestros mejores novelistas la prolijidad, ese defecto general de toda, o -87- de casi toda la novela europea contemporánea. El defecto que Taine halla en aquellas interminables narraciones rimadas de la Edad Media lo tiene también la novela del día; y si mucho consiste en el abuso de la descripción, mucho más consiste en el abuso del diálogo. Cuanto es más fiel la conversación seguida, más se acerca al drama, a la realidad también, es cierto; pero como la copia exacta de todo lo que se habla no puede ser artística, ni los diálogos simbólicos, de síntesis ingeniosa, son naturales, el mejor medio para conseguir en esta materia arte, fidelidad y concisión es imitar el diálogo verdadero, escribir el verosímil, pero en los momentos principales, dejando lo secundario, que no sea, por excepción, característico. La novela, que en otras cosas se ve aventajada por el teatro, en este punto esta en mejores condiciones; y sin embargo, lejos de aprovechar esta libertad de elección, es por aquí por donde más suele perder. Muchas veces es la pereza del autor (sobre todo en los que trabajan a destajo) cómplice de estos defectos.

Dice Balmes que los holgazanes que no pueden menos de estar ocupados, disimulan la holganza variando muy a menudo de trabajo; pues estos novelistas (no lo digo por Pereda, que no trabaja así) que escriben todos los días un poco, con gana o sin ella, engañan la pereza o la flojedad propia del -88- ingenio, haciendo adelantar las cuartillas, pero no la novela; y esto suelen conseguirlo engañándose a sí mismos con los diálogos que podían excusarse, pero cuya vulgaridad y escaso interés se disculpan a sus ojos con lo que tienen de reales y naturales.

Repito que Pereda no suele trabajar de esa manera; pero en Nubes de estío hay casi capítulos enteros que parecen hechos por coser y cantar.

Y todo esto es aguar el vino, para que después vengan los maliciosos diciendo que ha sido una lástima echar a perder un poco de vino por teñir un cántaro de agua.

Como sucede casi siempre en tales casos, cuando la inspiración vuelve, cuando el autor ve la acción y a los personajes a la luz de su real valor artístico, el diálogo también se concentra, se robustece en la concisión, y sin perder naturalidad por adquirir significado, representa bien su doble papel de elemento plástico y dialéctico.- Llega el duque del Cañaveral, que aunque habla todavía mejor que Sagasta, no habla siempre tan bien como escribe Pereda, y el diálogo mejora, toma sustancia, y ya no parece largo, aunque ocupe muchas páginas.

Es tanto más de notar el inconveniente a que venía refiriéndome, que de tal manera perjudica al efecto general del libro, cuanto que Pereda es en -89- otras ocasiones de

los novelistas que mejor manejan el diálogo como instrumento para expresar el carácter, las costumbres, etc....

A la gente que él ha estudiado como nadie, a la de su tierra; la que ofrece rasgos diferentes según los pueblos, a esa la hace hablar Pereda con verdadero genio, y sin salir de la suficiente verosimilitud; mas tratándose de señoras y señores de los que tanto se parecen en todas partes, don José ya no es el maravilloso artista de los diálogos de marineros, aldeanos, tipos locales, etc., etc., e incurre en los vicios generales antes señalados y en los peculiares señala dos también. Y en Nubes de estío, por lo mismo que se desorienta a los pocos capítulos y tarda en volver a orientarse, por lo mismo el diálogo es también más débil, más flojo, más pesado, dígase claramente.

No está exenta la narración tampoco de repeticiones verdaderamente tales, de pesadez y rasgos insignificantes, inútiles; pero entiéndase, refiriéndonos a ciertos capítulos, no a los primeros ni a los últimos.

Concedido todo esto y aun algo más, que vendrá a otro propósito, ya no se me acusará de benevolencia y parcialidad si paso a indicar por qué, a mi juicio, ni la idea total de la fábula, ni los caracteres en sí, merecen las censuras ridículas que se les han dirigido, ni menos compasivo menosprecio, -90- ni son responsables de vicios que pertenecen a la composición del libro.

Tratándose de escritores que prometen, como otros, o de escritores que han cumplido mucho, como este, hay que mirarlo todo, y no cabe proceder como ha procedido doña Emilia Pardo Bazán en esta ocasión y otra reciente.

Se trata de examinar La Espuma, de Armando Palacio, y doña Emilia, que juzga casi detestable lo que llama la forma, de la forma habla exclusivamente; indica que si las hechuras son malas, el paño acaso valga bastante más...; pero no habla del paño. ¿Por qué? Pues el paño importa por lo menos tanto como las hechuras. Ahora, en Nubes de estío, le parece a «la Pardo que el paño es pésimo, una tela de cebolla (equivocándose a mi entender), y que las hechuras son buenas, como de Pereda...» y deja las hechuras a un lado y no habla más que del paño.

Hablemos nosotros de todo. Pero de lo que falta, en otro artículo, que sera el último.

- II -

Conozco a muchas personas inteligentes, la mayor parte dedicadas a las letras, que siempre encuentran motivo para moderar el entusiasmo y la admiración ante las bellezas producidas por habilidad -91- ajena, y que, en cambio se apasionan y hasta hacen elocuentes y sutiles al rebuscar los defectos del prójimo literario. No suelen tener los tales tan mala fama como el que esto escribe, v. gr., en punto a rigor de criterio y a falta de benevolencia; suelen ser más prudentes y procuran estar bien con todos, para ir labrando el pedestal en que esperan colocar su propia figura; y así, en letras de molde no acostumbra decir su mal querer, porque además desdeñan el humilde oficio de crítico de actualidades; pero en la sombra, en lo que ellos creen que puede llamarse el seno de la amistad, y es el seno de la envidia inconsciente, que es lo peor, ¡cómo se despachan a su gusto! ¡Qué placer de los dioses, para ellos, el de poder asegurar, sin engañarse ni engañarnos, que efectivamente les parece mala o mediana tal cosa que escribió Fulano! Estos señores tal vez son indulgentes con algunos extranjeros, porque, como están tan lejos, casi parecen mitos o personajes de la historia antigua. ¡Pero admirar, y decirlo a voces, a un escritor español contemporáneo!... ¡Y pensar que estos malos corazones son en otros respectos excelentes ciudadanos, hasta sentimentales y soñadores a -92- veces! Los hay que se creen entregados al nirvana desengañados de todo lo finito, preocupados exclusivamente con algo digno de su gran espíritu, con el to

be or not to be, por ejemplo; hijos de la contemplación, más indios que occidentales... y en cuanto un amigo y colega publica un libro, ¡adiós mi dinero! ¡Adiós nirvana, adiós contemplación, adiós oriente! Nuestro envidioso sin saberlo, bebe los vientos por despellejar al compañero en petit comité, y muestra, en su afán de hacer polvo la fama del otro, el mismo interés y actividad que el Saccard de L'Argent, v. gr., en organizar la Banca Universal.

Estos escritores, que no son críticos porque se estiman en más que todo eso, pegan su parte de envidia desconocida a ciertos críticos de oficio, y esto es lo peor; y así se ve muchas veces que se juzgan las obras de los ingenios verdaderos, grandes, con un mezquino criterio de fiscal de la curia, que considera que su misión es a los delitos lo que el telescopio a las estrellas.

Se condena un libro de escritor excelente, porque en tal libro predomina lo que no merece aplauso; pues el libro ya es un criminal, y para que la pena no se escape por las mallas de las circunstancias atenuantes, el tinte de lo malo se extiende por lo bueno, y se habla de lodo en montón sin justicia, cometiendo una abstracción fetichista -93- y absurda, dando una solidaridad, que no existe, a lo bello y a lo feo, porque marchan unidos bajo un mismo nombre, el de la obra. En lo que se refiere a la composición (bien entendida y del todo penetrada su idea), unas partes pueden afean las otras, no cabe duda; se trata aquí de las relaciones de un organismo; pero en todos los demás elementos literarios que hay que considerar en un libro estético, y son muchos, para la verdadera crítica, lo bello es tan bello en tal obra, que en conjunto no es un dechado, como pudiera serlo en otra parte; y el olvidar esto, y tratar con desdén, y de prisa y corriendo la hermosura que se ve en tales ocasiones, es dar pruebas de ligereza, de falta de gusto, de juzgar por apariencias, cuando no demostrar mala fe insigne.

He dicho, viniendo a Nubes de estío, todo lo malo que veía en esta novela, tocante a su composición, que es, en efecto, desgraciada, y hace tediosa no pequeña porción del volumen, quita fuerza al final y engaña a los distraídos respecto del valor total del asunto. Ahora añadiré, antes de pasar a la defensa (pues así hay que tratar estas materias, por culpa de cierta clase de crítica), que también perjudica mucho al libro el prurito provinciano, que domina en muchos capítulos, y que tomado así, por donde quema, como cuadro vivo no es asunto artístico, como no lo eran ciertas singularidades -94- santanderinas del Buey suelto. No es que yo quite ni dé la razón a Pereda en sus famosas y simpáticas disputas y apreciaciones sobre el particular, ni siquiera que me meta ahora en esta cuestión en que veo a mi modo las cosas, inclinándome más a pensar que nadie trata con desdén grande ni chico en Madrid a los provincianos que valen de veras. No, yo no entro en estos dimes y diretes ahora; no por nada, sino porque se trata aquí de muy diferente propósito. Aunque tuviese razón Pereda, por completo, para quejarse de los madrileños, no dejaría de sobrar en toda su novela todo lo que él cree que hace al caso. ¿Que le estorban a él, o a Fabio López, los bañistas del Sardinero, y que prefiere, Fabio López, por supuesto, que le dejen en paz dedicarse a contemplar la hermosura de las buenas mozas del país? Podrá estar eso en su punto o no estar; pero yo no veo allí novela, sino preocupaciones nerviosas de las que pueden dar interés a una conversación, no a una obra artística.

Pocas veces incurre Pereda en el defecto, que es un gran peligro en el género que cultiva, de confundir la prosa de la vida ordinaria, particular, opaca, sin sentido estético posible, con los elementos útiles para el arte, parecidos, a los ojos inexpertos, a esa misma prosa, a esa misma vida ordinaria, sin transparencia ni pulimento posibles.

-95-

En las obras de doña Emilia Pardo Bazán, por ejemplo, muchas veces se nos da por arte lo que no lo es; su Marineda, sus salones, sus tipos, sus aventuras, con frecuencia

son producto de los recuerdos acumulados y cosidos con recortes de pseudo-realismo; recuerdos de una señora muy lista, muy instruida, muy llena de palabras, que ha visto muchos muebles en este mundo y tiene visitas de personas acomodadas. Descendiendo más, D. Luis Alfonso, un excelente caballero, un idealista, según él, que es el primer realista del mundo, sin saberlo, llamando aquí realismo a saber aprovechar las relaciones sociales para hacer novelas que parecen extractadas del Mayor y Diario de los comercios de artículos de París; D. Luis Alfonso, digo, también es novelista y ni una sola vez en su vida ha dejado de confundir el arte con la prosa completamente insustancial, para el lector, de su respetable vida de caballero particular, que suele diner en ville cada lunes y cada martes.

Pereda, es claro, casi nunca cae en el defecto, que es un espejismo, de que doña Emilia sale pocas veces, y de que Alfonso no sale, ni saldrá nunca; pero esta vez, sí; esta vez, como en *El buey suelto*, D. José ha dejado escribir a ratos al vecino del Muelle, al amigo de las cigarras de Santander, cigarras muy simpáticas, como las de todas partes (y que en cuanto cigarras consideración -96- especial merecen y la obtendrán más abajo); pero que en esta novela, como en otros asuntos diferentes, han causado algún perjuicio, sin quererlo, a su buen amigo. En efecto: además de perjudicar a la novela lo mucho que hablan ciertos personajes y la morosa delectación con que el autor se entretiene en relatar y repetir las menudencias que a ellos solos pueden importarles, causan grave daño al interés del conjunto los episodios relativos a varias de las cigarras y las lecciones suaves y amistosas que les da el autor, v. gr., la que administra a los Montecristos de Santander, que por lo visto son dignos de mejor género.

Muchas páginas hay en que la novela parece de esas de clave; pero de una clave que sólo pueden tener, y a ellos solos puede importar los de la tertulia de Fabio López.

En *Nubes de estío* hay dos luchas sociales: la de los naturales del pueblo que no quieren ruido ni bambollas con los forasteros, y la de las cigarras con las hormigas.

La primera es de un interés y hasta de una justicia muy discutibles; la segunda merece atención, y es un nuevo e interesantísimo aspecto en la obra de Pereda; todo un asunto de arte de observación que extraño no haber visto tomado en cuenta por la autora del *Nuevo Teatro Crítico*.

Sí: la lucha, más o menos ostensible de las cigarras -97- humanas con las hormigas... humanas también, aunque menos, en todas partes tiene explicación, y ofrece materia a propósito para el poeta y el novelista en una capital de provincia tal como la que pinta Pereda; es de mucho relieve, de hondo valor psicológico, y en España apenas ha sido tratada hasta ahora. En el mismo Pereda presenta indudable novedad esta relación de su estudio artístico de costumbres provincianas, y es lástima que el tiempo invertido en lo que ya he dicho que sobra, no se haya empleado en más detenido examen de estas batallas de las pocas cigarras, heroicas siempre, que suele haber en un pueblo como el que se describe, contra las muchas hormigas que constituyen la polis de Occidente desde tiempo inmemorial. La mejor disculpa, la mejor explicación de los grandes centros que<sup>7</sup> acaban por una plétora de vida nerviosa y llegan a las fatales corrupciones de las Babilonias, de las Antioquías, de las Romas; la mejor justificación, pudiera decirse, de estas capitales (que en otros respectos asustan por la idea de lo que<sup>8</sup> da de sí la humanidad acumulada y exaltada), está en la natural expansión de los espíritus cigarras que en los pueblos, en la polis inicial, mueren a bocados y a patadas de las laboriosas, pero inaguantables hormigas; las cuales, en el grano de trigo que llevan entre las patas, ven un microcosmos.

Pereda consagra algunos apuntes en su Nubes de estío a esta especie de Batracomomaquia o Mosquea; según él la ve en su tierra, y por este lado sólo plácemes merece. ¡Cuántas novelas hay en ese asunto solo! Pudo haber sido, y acaso debió, el principal del libro.

Pero tampoco deja de ser importante la novela de la vanidad de Brezales; y, hechas las salvedades en que he insistido tal vez demasiado, yo no veo que Nubes de estío desmerezca de las demás obras de Pereda, ni aun de las famosas.

No es Brezales el mejor personaje de la novela, porque el mejor es el prócer; pero, con todo, vale mucho don Roque; es muy hombre, muy de carne y hueso, y es de esa raza de figuras que sólo pueden grabarnos en la fantasía los maestros. Don Roque vive en el medio ambiente que le es propio; se le ve respirar donde debe y como debe; su lenguaje, que no es una caricatura como pudieran creer los que no conocen a los Brezales del Norte de España; su lenguaje es un primor cómico y nos arranca esas carcajadas alegres, espontáneas, que sólo sabe provocar el gran arte, sano, inspirado, superior a todos los tiquismiquis convencionales del mundo. Casi todas las conversaciones de Brezales con su mujer (una mujer cuya naturalidad es otra obra de mano maestra), singularmente el diálogo que mantienen la noche crítica -99- en que doña Angustias arranca a su esposo la promesa de renunciar a su proyecto, son modelos del género, y merecen todo aquel incienso que la crítica unánime, imitando al público, tributaba en días de más buena fe al regocijo de las musas castellanas modernas, al castizo, soleado, fresco, robusto escritor montañés, que ahora parece que se quieren tragar entre doña Emilia Pardo y don Luis Alfonso<sup>9</sup>, porque no sabe, como ellos, a qué hora come el duque.

No tiene razón Pereda cuando se queja de la cantidad y calidad de la consideración y admiración que se le tributa en Madrid; yo puedo asegurarle que en Madrid, como en todas partes donde se entiende el español, se le pone a él generalmente en los cuernos de la luna, y que su nombre es de los cinco o seis que todos respetan y aclaman; pero si esto es verdad, también lo es que en los últimos años se le ha tratado con escasa justicia. La Montálvez, con todos sus defectos, vale más de lo que ha querido esa crítica trasnochada que viene a regatear méritos cuando el público ya no puede sentenciar con su impresión, de gran fuerza intuitiva, porque ya no recuerda el efecto general de la obra y menos las bellezas episódicas; -100- La Puchera tiene cuadros, escenas, personajes que son sencillamente de lo mejor de Pereda: es del género más suyo, en el que no tiene ni cabe que tenga rival fuera de España, en el que hasta hoy no lo tiene dentro; y, sin embargo, por La Puchera no ha recogido el autor todos los laureles que en derecho le correspondían; se ha hablado de ese libro muy poco, en comparación de su mérito.

¡Que censurable afán! Si una novela de autor insigne desagrada, ¡brotan críticos por enjambres!, ¡hasta descuelgan la péñola los retraídos! ¡Qué de alusiones, qué de consejos, qué de consuelos! Si el autor insigne produce un dechado, se calla; por tedio, por no repetir lo tantas veces dicho: «Es un portento, ya se sabe; pero hablemos de otra cosa, por ejemplo, de los que empiezan, de la gente nueva». ¡Y esto en un país donde al Sr. Valera una novela modelo no le da lo necesario para un vestido de baile de su mujer!...

Volvamos a Nubes de estío.

Nino Gutiérrez y toda su parentela están bien estudiados y correctamente dibujados; lo mismo se puede decir de los tres personajes importantes, especie de bajo-relieve cómico de mucho efecto y de fina observación. Entre los personajes episódicos indígenas los hay borrosos y los hay excelentes. Vargas me gusta más en sus rasgos generales que en sus proyectos; no me gustan uno a uno los -101- pollos que andan con Fabio López, aunque sí en su calidad de cigarras; me gustan como coro, y echo de menos por este lado la novela que se puede escribir.

Pero lo mejor de lo mejor, aunque no lo crean los que sólo ven lo bueno cuando además es mucho, es el serondo prócer, que llega tarde, sí, pero aún a tiempo para animar la escena y resucitar un interés que, valga la verdad, estaba a pique de que se le llevase la trampa. No sé si me dirá Luis Alfonso que trato a pocosgrandes hombres de los nuestros para poder juzgar el de Pereda; pero suponiendo que el señor Alfonso me dice eso y que yo no le hago caso, afirmo que el duque, en cuanto habla y hace, demuestra la habilidad suma de su inventor, y sostengo que don José puede y debe cultivar la novela ultra santanderina. La gracia de las picardías atenuadas del prócer, del simpático pillastre en grande, me ha recordado la maestría con que Zola pinta a su ladrón, simpático también a ratos, a su Saccard de L'Argent. Tampoco sé cómo doña Emilia Pardo no se ha detenido a contemplar esta figura, la del duque, y a estudiarla y celebrarla como merece.

Y lo dejo; no porque se me hayan agotado los argumentos de la defensa, pues quedan en el tintero muchos, v. gr, el cuadro de la jira y «las chinches del señor duque», etc....

En resumen: si Nubes de estío es en conjunto de las novelas menos felices en el desempeño, entre las muchas de Pereda, no por esto carece de excelencias, ni le falta argumento ni nada por el estilo. Lo que hay es que, como decía un crítico francés hace poco, los maestros no debían escribir más que sus obras mejores. ¡Lástima que no se pueda saber cuáles son ellas, hasta después de escritas todas!

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)